

LECTIO DIVINA

EL BAUTISMO DEL SEÑOR Último día del tiempo de Navidad El lunes inicia el tiempo ordinario

(12 de enero 2025)

Is 42,1-4.6-7 (o Is 40,1-5.9-11) Sal 28 (o Sal 103) Tit 2,11-14; 3,4-7 (o Hech 10,34-38)
Lc 3,15-16.21-22

TEMA

La liturgia de este día celebra el Bautismo de Jesús. Evoca el momento en que Jesús, ungido por el Espíritu Santo y presentado a los hombres como el “Hijo Amado” de Dios, abrazó la misión que el Padre le encomendó: recrear el mundo, dar a luz a un Hombre Nuevo. Y propone que nosotros, todos los que fuimos bautizados en Cristo, saquemos de este hecho las consecuencias necesarias.

La primera lectura anuncia un misterioso “Siervo”, elegido por Dios y enviado a los hombres para establecer un mundo de justicia y de paz sin fin... Investido del Espíritu de Dios, llevará a cabo esta misión con humildad y sencillez, sin recurrir al poder. imposición, arrogancia, ya que estos esquemas no son los de Dios.

En el Evangelio vemos el cumplimiento de la promesa profética de la primera lectura: Jesús es el Hijo/”Siervo” enviado por el Padre, sobre quien reposa el Espíritu y cuya misión es realizar la liberación de los hombres. Obedeciendo al Padre, Él se hizo persona, se identificó con las debilidades de los hombres, caminó junto a ellos, para promoverlos y conducirlos a la Vida en plenitud.

La segunda lectura reafirma que Jesús es el Hijo amado que el Padre envió al mundo para realizar un proyecto de salvación a favor de los hombres; Por lo tanto, Él “anduvo por el mundo haciendo el bien” y liberando a todos los oprimidos. Este es el testimonio que deben dar los discípulos, para que la salvación que Dios ofrece llegue a todos los pueblos de la tierra.

star_border

Isaías 42,1-4.6-7

Esto dice el Señor: “Miren a mi siervo, a quien sostengo, a mi elegido, en quien tengo mis complacencias.

En él he puesto mi espíritu para que haga brillar la justicia sobre las naciones.

No gritará, no clamará, no hará oír su voz por las calles;

no romperá la caña resquebrajada, ni apagará la mecha que aún humea.

Promoverá con firmeza la justicia, no titubeará ni se doblegará hasta haber establecido el derecho sobre la tierra y hasta que las islas escuchen su enseñanza.

Yo, el Señor, fiel a mi designio de salvación, te llamé, te tomé de la mano, te he formado

y te he constituido alianza de un pueblo, luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos,

*saques a los cautivos de la prisión y de la mazmorra a los que habitan en tinieblas”. **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

El texto pertenece al “Libro de la Consolación” del Deuteroisaías (cf. Is 40-55). Este profeta anónimo cum-}plió su misión profética en Babilonia, en la fase final del Exilio (entre 550 y 539 a.C.). Habían pasado algunas docenas de años desde que Nabucodonosor destruyó Jerusalén y arrastró a la mayoría de los habitantes de Judá al cautiverio. Los judíos cautivos se desesperan porque el tiempo pasa y la liberación (anunciada por Ezequiel, otro profeta de la época del exilio) nunca vuelve a suceder. ¿Ha olvidado Dios sus promesas?

El Deuteroisaías siente que Dios lo envía a decir a sus conciudadanos, exiliados y desanimados, palabras de esperanza. Cumpliendo el mandato de Dios, el profeta habla de la inminencia de la liberación, comparándola con el antiguo éxodo, cuando Dios salvó a su Pueblo de la esclavitud en Egipto (cf. Is 40-48); y les anuncia también la reconstrucción de Jerusalén, la ciudad que la guerra redujo a cenizas, pero a la que Dios devolverá la alegría y la paz sin fin (cf. Is 49-55).

En medio de esta propuesta “consoladora” del DeuteroIsaías, aparecen cuatro textos (cf. Is 42,1-9; 49,1-13; 50,4-11; 52,13-53,12) que escapan un tanto a este tema. Se trata de cantos que hablan de un personaje misterioso y enigmático, a quien los estudiosos de la Biblia designan como el “Siervo de Yahvé”. ¿Será este personaje Jeremías, el profeta que tanto sufrió a causa de la misión? ¿Será el mismo DeuteroIsaías, llamado a dar testimonio de Dios en un escenario tan difícil? ¿Será Ciro, rey de los persas, quien unos años más tarde liberará a los judíos exiliados y autorizará su regreso a Jerusalén? No lo sabemos con seguridad. Pero este “Siervo de Yahvé” se presenta como un favorito de Yahvé, llamado al servicio de Dios, enviado por Dios a los hombres de todo el mundo. Su misión se cumple en el sufrimiento y en la entrega incondicional a la Palabra. El sufrimiento del profeta tiene, sin embargo, un valor expiatorio y redentor, ya que resulta en el perdón del pecado del Pueblo. Dios aprecia el sacrificio de este “Siervo” y lo recompensará haciéndolo triunfar frente a sus detractores y adversarios.

El texto que hoy nos proponemos forma parte del primer cántico del “Siervo” (cf. Is 42,1-9).

MENSAJE

El texto tiene dos partes; ambos afirman –como si estuviéramos ante dos movimientos concéntricos, que parten del mismo lugar y terminan del mismo modo– la elección del “Siervo” y su misión. Sin embargo, el primero desarrolla la dimensión de la llamada; el segundo define mejor el tema de la misión.

En la primera parte (v. 1-4), se afirma que el “Siervo” es un “elegido” (“*behir*”) de Dios: es alguien a quien Dios se dignó “elegir” (“*bahar*”) entre muchos, en vista de una función o misión especial (cf. Nm 16.5,7; 17.20; Dt 4.37; 7.6,7; 10.15; 14.2; 18.5; 21.5; 1Sm 2.28; 10.24; 2Sm 6.21; Estamos en el contexto de “elección”, es decir, en un contexto en el que Dios, por iniciativa soberana y deliberada de su voluntad, destaca a alguien entre muchos para su servicio.

La “ordenación” del “Siervo” se realiza mediante el don del Espíritu (“*ruah*”), que dará a los “elegidos” el soplo de Yahvé, la capacidad de realizar la misión: es el mismo Espíritu que Dios se derrama sobre los líderes carismáticos de Israel (cf. Jz 33,10; 1 Sam 9,17; 16,12-13). Animado por este Espíritu, el “Siervo” traerá “justicia” (“*mishpat*”) a las naciones”: será una misión de alcance universal, que consistirá en implementar las justas decisiones de los tribunales, base de un orden social. de acuerdo con los esquemas y proyectos de Dios. El establecimiento de este “nuevo orden” no se producirá mediante el uso de la fuerza, la violencia o gestos espectaculares; pero resultará de una intervención caracterizada por la bondad, la mansedumbre, la sencillez, que son los signos que identifican el estilo de Dios. Sobre todo, el “Siervo” actuará con humildad, sin imponer nada y sin desanimarse ante las dificultades de la misión.

La segunda parte (v.6-7) comienza con la confirmación de que el “Siervo” fue elegido por Dios mismo para establecer la “justicia” (“*tzedeq*” – la palabra se refiere a un orden social recto, que está de acuerdo con las instrucciones de Dios). El “Siervo”, actuando en el ejercicio de la misión que Dios le encomendó, será luz que alumbrará entre las naciones; y todos los que son víctimas de la injusticia, la explotación o la violencia conocerán una nueva esperanza, cuando el “Siervo” abrirá los ojos de los ciegos, sacará de la cárcel a los presos y de la cárcel a los que habitan en la oscuridad. Su misión es, por tanto, una misión de liberación y salvación.

La misteriosa y enigmática figura del “Siervo” mencionada en Deutero-Isaías presenta evidentes puntos de contacto con la figura de Jesús... De hecho, los primeros cristianos –ante la dificultad de explicar cómo el Mesías fue condenado por los hombres y clavado en la cruz – utilizará los cánticos del “Siervo” para justificar el sufrimiento y el aparente fracaso humano de Jesús: Él es este “elegido de Dios”, que recibió la plenitud del Espíritu, que vino al encuentro de los hombres con la misión de traerles la definitiva. justicia y paz, que sufrió y murió para ser fiel a esta misión que el Padre le encomendó.

ACTUALIZACION

*La historia del “Siervo de Yahvé”, que recibió la plenitud del Espíritu para ser “luz de las naciones”, para abrir “los ojos de los ciegos”, para sacar “de la cárcel a los presos” y “de la prisión a los que habitan en las tinieblas”, nos recuerda, desde luego, que Dios actúa a través de “profetas” a quienes confía la transformación del mundo y la liberación de los hombres. El día de nuestro bautismo recibimos también el Espíritu que nos equipó para una misión similar a la de este “Siervo”. ¿Soy consciente de que cada bautizado es un instrumento de Dios en la renovación y transformación del mundo? ¿Estoy dispuesto a responder al llamado de Dios y asumir mi responsabilidad profética? Los pobres, los oprimidos, los que “yacen en tinieblas y en sombra de muerte”, los que no tienen ni voz ni voto, ni la oportunidad, ni la invitación a sentarse a la mesa de la humanidad, ¿pueden contar con mi solidaridad activa? ¿Con mi ayuda fraterna, con mi compartir generoso?

*La misión profética sólo tiene sentido a la luz de Dios: es siempre Él quien toma la iniciativa, quien elige, quien llama, quien envía y capacita para la misión... Lo que hacemos, por válido que sea, no es nuestro trabajo, sino más bien de Dios; nuestro éxito en la misión no resulta de nuestras cualidades, sino de la iniciativa de Dios que actúa en nosotros y a través de nosotros. Somos simplemente colaboradores de Dios, “humildes trabajadores en la viña del Señor”. Es siempre Dios quien proyecta y actúa, a través de nuestra fragilidad, para ofrecer vida y salvación al mundo. Olvidar esto puede llevarnos a la arrogancia, la autosuficiencia, y la vanidad; y, siempre que esto sucede, nuestra intervención en el mundo acaba distorsionando el proyecto de Dios. ¿En qué actitudes se realiza mi misión profética al aceptar el proyecto de Dios?

*Prestemos atención también a la forma en que actúa el “Siervo”: no se impone por la fuerza, la violencia, el dinero o los amigos poderosos; pero actúa con dulzura, con mansedumbre, con humildad, con respeto a la libertad de los hermanos a quienes es enviado... ¿Es esta lógica –la lógica de Dios– que utilizo en el desempeño de la misión profética que Dios me ha confiado?

LECTURA ALTERNATIVA

Isaías 40, 1-5. 9-11

“Consuelen, consuelen a mi pueblo, dice nuestro Dios.

Hablen al corazón de Jerusalén y díganle a gritos que ya terminó el tiempo de su servidumbre y que ya ha satisfecho por sus iniquidades, porque ya ha recibido de manos del Señor castigo doble por todos sus pecados”.

Una voz clama:

“Preparen el camino del Señor en el desierto, construyan en el páramo una calzada para nuestro Dios. Que todo valle se eleve, que todo monte y colina se rebajen; que lo torcido se enderece y lo escabroso se allane.

Entonces se revelará la gloria del Señor y todos los hombres la verán”.

Así ha hablado la boca del Señor.

Sube a lo alto del monte, mensajero de buenas nuevas para Sión; alza con fuerza la voz, tú que anuncias noticias alegres a Jerusalén.

Alza la voz y no temas; anuncia a los ciudadanos de Judá: “Aquí está su Dios.

Aquí llega el Señor, lleno de poder, el que con su brazo lo domina todo.

El premio de su victoria lo acompaña y sus trofeos lo anteceden.

Como pastor apacentará su rebaño; llevará en sus brazos a los corderitos recién nacidos y atenderá solícito a sus madres”. **Palabra de Dios**

Salmo 28

R. Te alabamos, Señor.

Hijos de Dios, glorifiquen al Señor,
denle la gloria que merece.

Postrados en su templo santo,
alabemos al Señor. R.

R. Te alabamos, Señor.

La voz del Señor se deja oír
sobre las aguas torrenciales.

La voz del Señor es poderosa,
la voz del Señor es imponente. R.

R. Te alabamos, Señor.

El Dios de majestad hizo sonar
el trueno de su voz.

El Señor se manifestó sobre las aguas
desde su trono eterno.

R Te alabamos, Señor

Hechos 10,34-38 o Tito 2,11-14; 3 ,4-7 (En esta Lectio agarramos la de Hechos)

En aquellos días, Pedro se dirigió a Cornelio y a los que estaban en su casa, con estas palabras: “Ahora caigo en la cuenta de que Dios no hace distinción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que fuere. Él envió su palabra a los hijos de Israel, para anunciarles la paz por medio de Jesucristo, Señor de todos.

Ya saben ustedes lo sucedido en toda Judea, que tuvo principio en Galilea, después del bautismo predicado por Juan: cómo Dios ungió con el poder del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret, y cómo éste pasó haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”.

Palabra de Dios

AMBIENTE

Los “Hechos de los Apóstoles” es una catequesis sobre la “etapa de la Iglesia”, es decir, sobre cómo los discípulos asumieron y continuaron el proyecto salvífico del Padre y lo llevaron - después de la partida de Jesús de este mundo - a todos los hombres.

El libro está dividido en dos partes. En el primero (cf. Hechos 1-12), la reflexión se centra en la difusión del Evangelio dentro de las fronteras palestinas, a través de la acción de Pedro y los Doce; en el segundo (cf. Hch 13-28), se produce la expansión del Evangelio fuera de Palestina (especialmente por la acción de Pablo); en el Mediterráneo, en Asia Menor, en Grecia, hasta llegar a Roma, corazón del imperio.

El texto de hoy está integrado en la primera parte de “Hechos”. Forma parte de una perícopa que describe la actividad misionera de Pedro en la llanura de Sharon (cf. Hechos 9,32-11,18), es decir, en la llanura junto a la frontera mediterránea palestina. En concreto, el texto propone el testimonio y la catequesis de Pedro en Cesarea Marítima, en casa del centurión romano Cornelio. Convocado por el Espíritu (cf. Hch 10,19-20), Pedro entra en casa de Cornelio, le explica los fundamentos de la fe y lo bautiza a él y a toda su familia (cf. Hch 10,23b-48). El episodio es importante porque Cornelio es la primera persona completamente pagana (el etíope evangelizado y convertido por Felipe y mencionado en Hechos 8,26-40 era un “prosélito” y por tanto ya estaba vinculado al judaísmo) admitido en la comunidad cristiana por uno de los Doce. Por lo tanto, se acepta que el Evangelio de Jesús no debe limitarse a las fronteras étnicas judías, sino que es una Buena Nueva destinada a todos los hombres y mujeres, de todas las razas y culturas.

Cesarea Marítima, una ciudad reconstruida por Herodes el Grande, estaba en la costa palestina. Era la sede del poder romano, ya que allí residían los gobernadores romanos de Judea (como Poncio Pilato, el gobernador que, en el año 30, autorizó la muerte de Jesús). La ciudad fue evangelizada por el diácono Felipe (cf. Hechos 8,40).

MENSAJE

En su discurso en casa de Cornelio, Pedro comienza reconociendo que la propuesta de salvación ofrecida por Dios y traída por Cristo es universal y está destinada a todos los hombres, sin distinción de ningún tipo (v. 34-36). Israel fue, de hecho, el primer destinatario privilegiado de la Palabra de Dios; pero Cristo vino a llevar las “buenas nuevas de paz” (salvación) a todos los hombres. Al salir al encuentro del Padre, Jesús resucitado envió a sus discípulos al mundo y les pidió que llevaran la Buena Nueva de salvación a todos los hombres. Los discípulos, testigos de Jesús, deben cumplir este mandato y hacer llegar la propuesta de salvación a todos los hombres y mujeres, sin distinción de raza, color o condición social. Después de definir los contornos universales de la propuesta salvadora de Dios, Pedro presenta una especie de resumen de la fe primitiva (vs. 37-38). Se trata ni más ni menos que de poner en práctica la misión fundamental de los discípulos: anunciar a Jesús y dar testimonio de esta salvación que debe llegar a todos los hombres. La lectura que se nos propone conserva sólo la parte inicial del primitivo “kerigma” y resume la actividad de Jesús que, después de ser ungido con el Espíritu Santo en el río Jordán, “*pasó haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él*” (v. 38). Sin

embargo, el anuncio de Pedro continúa (aunque nuestra lectura de hoy no lo mencione) con la catequesis sobre la muerte (v. 39), sobre la resurrección (v.40) y sobre la dimensión salvadora de la vida de Jesús (v. 43). Cornelio y su familia acogieron el “kerigma” cristiano proclamado por Pedro, abrazaron la fe, recibieron el Espíritu, fueron bautizados y entraron a formar parte de la comunidad de Jesús (cf. Hechos 10,44-48).

ACTUALIZACION

*Jesús recibió el bautismo y fue ungido con el poder del Espíritu; luego “*pasó haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo*”. A cada paso del camino que tomó, distribuyó, en gestos concretos, bondad, misericordia, perdón, solidaridad, amor... ¿Nosotros los cristianos, que “creemos” en Jesús, que nos comprometemos con Él y lo seguimos, asumimos este programa”? ¿Nosotros, que fuimos bautizados y ungidos con el poder del Espíritu, testimoniamos también, en gestos concretos, la bondad, la misericordia, el perdón y el amor de Dios por los hombres? ¿Nos esforzamos por liberar a todos aquellos que están oprimidos por el demonio del egoísmo, la injusticia, la explotación, la exclusión, la soledad, la enfermedad, el analfabetismo, el sufrimiento?

*“Reconozco que Dios no hace acepción de personas” – dice Pedro en su discurso en casa de Cornelio. ¿Y nosotros, hijos de este Dios que ama a todos por igual y que ofrece a todos la salvación por igual, aceptamos a todos nuestros hermanos por igual, reconociendo la igualdad fundamental de todos los hombres en derechos y dignidad? ¿Somos conscientes de que discriminar a las personas por su color de piel, raza, sexo, orientación sexual o estatus social es una grave subversión de la lógica de Dios?

TEXTO ALTERNATIVO

Tito 2, 11-14; 3, 4-7

*Querido hermano: La gracia de Dios se ha manifestado para salvar a todos los hombres y nos ha enseñado a renunciar a la vida sin religión y a los deseos mundanos, para que vivamos, ya desde ahora, de una manera sobria, justa y fiel a Dios, en espera de la gloriosa venida del gran Dios y Salvador, Cristo Jesús, nuestra esperanza. Él se entregó por nosotros para redimirnos de todo pecado y purificarnos, a fin de convertirnos en pueblo suyo, fervorosamente entregado a practicar el bien. Al manifestarse la bondad de Dios, nuestro salvador, y su amor a los hombres, él nos salvó, no porque nosotros hubiéramos hecho algo digno de merecerlo, sino por su misericordia. Lo hizo mediante el bautismo, que nos regenera y nos renueva, por la acción del Espíritu Santo, a quien Dios derramó abundantemente sobre nosotros, por Cristo, nuestro salvador. Así, justificados por su gracia, nos convertiremos en herederos, cuando se realice la esperanza de la vida eterna. **Palabra de Dios.***

Lucas 3,15-16.21-22

En aquel tiempo, como el pueblo estaba en expectación y todos pensaban que quizá Juan el Bautista era el Mesías, Juan los sacó de dudas, diciéndoles: “Es cierto que yo bautizo con agua, pero ya viene otro más poderoso que yo, a quien no merezco desatarle las correas de sus sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego”.

*Sucedio que entre la gente que se bautizaba, también Jesús fue bautizado. Mientras éste oraba, se abrió el cielo y el Espíritu Santo bajó sobre él en forma sensible, como de una paloma, y del cielo llegó una voz que decía: “Tú eres mi Hijo, el predilecto; en ti me complazco”. **Palabra del Señor.***

AMBIENTE

El día de la celebración de la fiesta del Bautismo del Señor, el Evangelio nos lleva al valle del río Jordán, al margen del desierto de Judá. La tradición identifica este lugar con la actual *Qasr El Yahud*, en la orilla este del río Jordán, a unos 10 kilómetros del Mar Muerto.

Fue en este escenario que Juan, llamado “el Bautista”, había comenzado, a finales del año 27 o principios del 28, a ejercer su misión profética. El mensaje propuesto por Juan se centraba en la urgencia de la conversión (ya que, en opinión de Juan, la intervención definitiva de Dios en la historia para destruir el mal era inminente) e incluía un rito de purificación a través del agua.

El judaísmo conoció diferentes ritos de inmersión en agua, siempre vinculados a contextos de purificación o cambio de vida. Incluso fue un ritual utilizado para integrar a los “prosélitos” (paganos adheridos al judaísmo) a la comunidad del Pueblo de Dios. La inmersión en agua sugería una ruptura con la vida pasada y el resurgimiento a una nueva vida, un nuevo nacimiento, un nuevo comienzo. Respecto al Bautismo propuesto por Juan, probablemente estemos ante un rito de iniciación a la comunidad mesiánica: quien aceptaba este “bautismo”, renunciaba al pecado, se convertía a una nueva vida y pasaba a formar parte de la comunidad que esperaba al Mesías.

Jesús, que vivía en su pueblo de Nazaret en Galilea, en un momento escuchó acerca de Juan y su predicación. Lo buscó a orillas del río Jordán y escuchó su llamado a la conversión. El hecho muy probablemente ocurrió alrededor del año 28. Después, Jesús también quiso recibir el bautismo.

Para el evangelista Lucas, Juan Bautista es el último testigo de un tiempo salvador que toca a su fin: el tiempo de la antigua Alianza (cf. Lc 16,16). La aparición de Jesús en escena significa el comienzo de un tiempo nuevo, el tiempo de la nueva Alianza, el tiempo en el que Dios mismo se encuentra con los hombres para ofrecerles vida y salvación. El momento en que Jesús es bautizado en el río Jordán es el momento en que se revela la misión y la identidad de Jesús.

El fragmento del Evangelio de Lucas del que ha sido tomado el texto que la liturgia de este día nos ofrece como Evangelio (cf. Lc 3,1-4,13), podría titularse “preludio a la misión mesiánica”. Para componerlo, Lucas utiliza el texto de Marcos (cf. Mc 1,1-13), completado con algunas tradiciones procedentes de otra “fuente”, formada por “dichos” de Jesús.

El contexto del bautismo de Jesús

Después de los relatos de la infancia y como preparación a la actividad pública de Jesús, Lucas narra los acontecimientos que se refieren a Juan Bautista, el bautismo de Jesús, las tentaciones de Jesús; este conjunto sirve como de introducción a la verdadera y propia actividad de Jesús y le da sentido. El evangelista concentra en un cuadro único y completo toda la actividad de Juan: desde el comienzo de la predicación en las orillas del río Jordán (3,3-18) hasta el arresto mandado por Herodes Antipas (3,19-20). Cuando Jesús aparece en la escena en 3,21 para ser bautizado ya no se menciona a Juan. Con esta omisión Lucas clarifica su lectura de la historia salvífica: Juan es la última voz profética de la promesa veterotestamentaria. Ahora el centro de la historia es Jesús, es Él quien da comienzo al tiempo de salvación que se prolongará en el tiempo de la Iglesia.

Un elemento que no debe descuidarse para la comprensión de estos sucesos que preceden a las actividades de Juan Bautista y de Jesús es la descripción geográfica y política de la Palestina en los años treinta. El evangelista quiere dar una dimensión histórica y un significado teológico a lo realizado por Jesús. Quiere decir que no es el poder político mundial (representado por Tiberio César) o el religioso (los sumos sacerdotes) los que dan valor y sentido a los acontecimientos de la humanidad; sino más bien “*la Palabra de Dios que desciende sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto*” (Lc 1,2). Para Lucas, la novedad o el desarrollo de la historia inaugurada por Jesús se inserta en este contexto o situación política de dominio y de poder profano y religioso. Otras veces, en los relatos de los profetas, la palabra de Dios se dirige a situaciones históricas-políticas particulares, pero en Juan resuena con una cierta urgencia: Dios viene en la figura de Jesús. De modo que la Palabra de Dios llama desde el desierto a Juan Bautista para ser enviado al pueblo de Israel. El deber de este último profeta del Antiguo Testamento es el de preparar la venida del Señor en medio de su pueblo (Lc 1,16-17.76). Este papel se concretiza en preparar a todos para recibir con el bautismo de conversión el perdón de Dios (Jer 3,34; Ez 36,25), lo que implica un cambio en el propio modo de ver las relaciones con Dios. Cambiar de vida significa practicar la fraternidad y la justicia según las enseñanzas de los profetas (Lc 3,10-14). Abandonando el bienestar religioso o social el lector de Lucas está invitado a abrirse a la persona de Jesús, el mesías salvador. Además, Lucas nos quiere subrayar que el profeta Juan no tiene ninguna pretensión de ser comparado con la persona de Jesús. Más bien, el profeta del Jordán se ha sentido completamente subordinado a la persona de Jesús: “al cual no soy digno de desatar la correa de sus sandalias” (3,16). Sobre todo, Jesús es el más fuerte porque da el Espíritu.

La actividad de Juan tiene un final violento, a la manera de los profetas clásicos. La autenticidad de un profeta nace de su libertad en los enfrentamientos con el poder político: de hecho, denuncia las maldades cometidas por Herodes en la vida del pueblo. Ante la llamada del profeta existen dos respuestas diversas: el pueblo y los pecadores se convierten, mientras los potentes responden con violencia agresiva. Juan termina el recorrido de su existencia en la cárcel. Con este episodio trágico Juan anticipa el destino de Jesús rechazado y muerto, pero que se convierte en punto de referencia para todos aquellos que son perseguidos por el poder represivo.

Finalmente, el Jordán es el lugar físico de la predicación de Juan. La intención de Lucas es crear un estrecho lazo entre este río y Juan: Jesús no aparecerá ya más por allí después de su bautismo, así como Juan no aparecerá jamás por los confines de Galilea y de la Judea, porque son lugares ligados y reservados a la acción de Jesús.

Comentario del texto

1. Las palabras del Bautista sobre Jesús (Lc 3,15-16)

En el primer cuadro del pasaje evangélico Juan, con palabras de sabor profético, afirma que hay “uno más fuerte” que él y que está por venir. Se trata de la respuesta del profeta del Jordán a la opinión de la gente que creía que él fuese el Cristo. La muchedumbre que recibe el nombre de pueblo en espera es, considerado para Lucas Israel, un pueblo bien dispuesto o preparado para recibir la salvación mesiánica (al menos antes de la crucifixión). Las palabras de Juan nos llevan a las imágenes del Antiguo Testamento y tienen la función de exaltar al personaje misterioso del cual está anunciando su venida inminente: “pero viene uno más fuerte que yo” (3,16).

a) La figura del “más fuerte”

El Bautista comienza a diseñar el retrato de Cristo con el adjetivo “fuerte” que ya Isaías aplicaba al rey-mesías, “*fuerte, potente como Dios*” (9,5) y que en el Antiguo Testamento constituía uno de los atributos del Creador, considerado soberano del universo y de la historia: “el Señor reina, se cubre de esplendor, se ciñe de fuerza” (Sal 93,1). La expresión “viene uno” recuerda un título de sabor mesiánico que encontramos en el salmo 118, un canto procesional que se cantaba durante la fiesta de las Cabañas: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”. Tal canto viene aplicado por Lucas a Jesús durante su entrada en Jerusalén. También el famoso anuncio mesiánico en el libro del profeta Zacarías trae el mismo mensaje: “He aquí Sión, que viene a tí tu rey...” (9,9).

b) Un gesto humilde: “yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias”

Otro trazo con el cual el evangelista describe la figura de Cristo es típicamente de sabor oriental: “desatar la correa de las sandalias”. Es el gesto que se deja para el esclavo. El Bautista delante del mesías que viene se siente siervo, y el más humilde e indigno: “yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias”.

Después presenta el bautismo que el personaje anunciado cumplirá: “*éste los bautizará en Espíritu Santo y fuego*”. En el Salmo 104,3 el Espíritu de Dios se define como el principio que crea y regenera el ser: “Envías tu Espíritu, todas las cosas son creadas y renuevas la faz de la tierra”. Por el contrario, el fuego es por excelencia un símbolo divino: calienta e incendia, anima y destruye, es fuente de calor y de muerte.

2. Las palabras del cielo sobre Jesús (Lc 3,21-22)

En el segundo cuadro se contiene un nuevo perfil o epifanía de Cristo. Esta vez es Dios mismo, y no Juan, el que diseña el retrato de Cristo con palabras solemnes: “*Tú eres mi Hijo el predilecto, en ti me complazco*”. Esta presentación y definición de Cristo viene acompañada por una verdadera y propia coreografía celestial (el cielo que se abre... el descendimiento del Espíritu en figura de paloma... la voz del cielo) para mostrar las cualidades divinas de las palabras que se van a pronunciar sobre la persona de Jesús.

a) La paloma es símbolo del Espíritu de Dios que invadía a los profetas, pero que ahora se infunde en plenitud sobre el mesías como había predicho Isaías: “*Sobre él se posará el Espíritu del Señor*” (11,2). El símbolo de la paloma sirve para indicar que en la venida del Señor se realiza la presencia perfecta de Dios que se manifiesta en la efusión del Espíritu Santo que consagra a Cristo para su misión salvífica y para la tarea de revelar a los hombres la palabra definitiva del Padre. Con toda seguridad el signo de la paloma

indica al lector del bautismo que Dios está disponible para encontrarse con el hombre. El nudo de este encuentro se hace verdad en la persona de Jesús. Si el Bautista había presentado a Jesús como el mesías – que en el AT es siempre un hombre, aunque perfecto – ahora Dios se apresta a definir a Jesús como el Hijo “predilecto”. Título que indica una presencia suprema de Dios y que supera a aquella que se experimentaba en el culto o en otros aspectos de la vida de Israel.

b) La voz divina es otro signo que acompaña a la manifestación de Jesús en las aguas del Jordán, Evoca dos textos del AT. El primero es un canto mesiánico que cita algunas palabras de Dios dirigidas a su Rey-Mesías: “Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado” (Sal 2,7). En el AT, tanto la figura del rey como la de mesías eran considerados como hijos adoptivos de Dios; sin embargo, Jesús es el hijo predilecto, sinónimo de unigénito. El segundo texto que ilumina el significado de las palabras pronunciadas por la voz del cielo es un pasaje cercano a los Cantos del siervo del Señor y que la liturgia de la palabra de este domingo nos propone como primera lectura: “He aquí mi Siervo a quien yo sostengo, he aquí mi elegido en quien me complazco” (Is 42,1). En la persona de Jesús convergen y se hacen presentes dos figuras presentadas por Isaías: la esperanza del rey. Mesías y la figura del Mesías sufriente. No es impropio decir que la escena del bautismo presentada por Lucas es una verdadera catequesis sobre el misterio de la persona de Jesús, mesías, rey, siervo, profeta, Hijo de Dios.

Además, de la voz del cielo aparece la cualidad transcendente, divina, única de la persona de Jesús. Esta pertenencia de Jesús al mundo de Dios será visible, palpable, experimentable incluso en su humanidad, en su presencia en medio a los hombres, en su peregrinar por los caminos de la Palestina. Por tanto, la Palabra de Dios en este domingo intenta mostrarnos con el relato del bautismo la solemne presentación de Jesús al mundo. Esta se completará solo en la cruz y en la resurrección. De hecho, sobre la cruz se superponen dos rostros de Cristo, el humano-salvífico con la muerte en la cruz para nuestra salvación, y el divino a través de la profesión de fe del centurión: “Verdaderamente este era el Hijo de Dios”. La Palabra de Dios en este día del Señor nos invita a contemplar y adorar el rostro de Cristo, que San Agustín lo ha presentado así en una reflexión suya: *“en aquel rostro nosotros llegamos a entrever también nuestros trazos, los de hijo adoptivo que nuestro bautismo revela”*.

MENSAJE

El texto que no propone la liturgia de la fiesta del Bautismo del Señor presenta dos situaciones. En el primero, la figura central es Juan, quien anuncia la inminente llegada de *“el que ha de venir”* (v. 15-16); en el segundo (v.21-22), la figura central es Jesús, bautizado y ungido por el Espíritu.

En una Palestina en pleno fermento mesiánico, la figura y actividad de Juan dan lugar a conjeturas sobre su posible mesianismo. ¿Es Juan este “ungido de Dios” (*“Mashiah”*, el “Mesías”), cuya misión es liberar a Israel de la dominación extranjera y asegurar al Pueblo de Dios vida en abundancia y paz sin fin (v. 15)? Juan no alberga expectativas mesiánicas sobre su persona; pero advierte a quienes lo encuentran que está por llegar alguien *“más fuerte”*, por quien el mismo Juan no es digno de desatar las correas de sus sandalias (v. 16). “Desatar las correas de las sandalias” era tarea de los esclavos (por eso la tradición rabínica prohibía al discípulo desatar las correas de las sandalias de su amo). La imagen utilizada define pues a Juan como un “esclavo” cuya misión es estar al servicio del que ha de venir. Juan también dice que este *“más fuerte”* *“bautizará en Espíritu y fuego”*. Quizás las palabras de Juan suenen crípticas; pero apuntan claramente en una dirección: la fuerza y la unción del Espíritu están asociadas, en la tradición religiosa de Israel, al Mesías esperado (cf. Is 9,5-6; 11,2). Juan parece convencido de que está por llegar el “ungido de Dios” que anunciaron los profetas, aquel que bautizará al Pueblo “en Espíritu Santo y fuego”; Él limpiará a Israel de sus pecados, lo liberará de la opresión y el mal y marcará el comienzo de una nueva época de felicidad y vida abundante. Desde la perspectiva de Lucas, esta “profecía” de Juan se realizará el día de Pentecostés (cf. Hch 2, 1-11): el “fuego” del “mesías”, el “fuego del Espíritu”, derramado sobre los discípulos reunidos en el cenáculo, darán origen a un Pueblo nuevo y libre, la comunidad del Mesías, la comunidad de la nueva Alianza.

Luego viene el cuadro del bautismo de Jesús (versículos 21-22). De hecho, Lucas no describe exactamente el momento de la inmersión de Jesús en las aguas del río Jordán; El autor del tercer evangelio parece más interesado en lo que viene después: la unción de Jesús con el Espíritu.

La narración de Lucas comienza diciendo que “cuando todo el pueblo recibió el bautismo, también Jesús fue bautizado” (v. 21a). Aparece así Jesús, mezclado con la multitud que recibe este bautismo de conversión para la remisión de los pecados que propuso Juan. ¿Por qué Jesús necesitaba este bautismo purificador? ¿Por causa de sus pecados? Por supuesto que no. Pero, al entrar en el agua junto con todos los que pidieron el bautismo de Juan, Jesús se pone del lado del pueblo pecador y afirma su solidaridad –la solidaridad de Dios– con todos los hombres y mujeres a los que el pecado involucra y marca. Jesús vino para estar al lado del hombre pecador, para tomar su mano, para ayudarlo a salir de su triste situación y alcanzar una Vida nueva. Este gesto de solidaridad de Dios con la humanidad pecadora es hermoso y conmovedor.

Según Lucas, después de salir del agua Jesús permanece en oración (v. 21b). Es un detalle que sólo aparece en el tercer evangelio. Está, sin embargo, en la lógica de la teología de Lucas: Jesús mantiene un diálogo continuo con el Padre (cf. Lc 5,16; 6,12; 9,18.28-29; 10,21-22; 22,41; 23, 34,46), particularmente en los momentos más decisivos de su vida. Es a través de este diálogo que Él descubre el proyecto del Padre y encuentra la fuerza para realizar el proyecto del Padre. Tiene sentido que Jesús, en el momento en que es ungido por el Espíritu y está dispuesto a comenzar la misión, dialogue con el Padre.

El momento del bautismo de Jesús está marcado por tres hechos extraños que, sin embargo, deben entenderse en referencia a hechos y símbolos del Antiguo Testamento.

La primera es la “*apertura de los cielos*” (v. 21). La imagen probablemente esté inspirada en Is 63,19, donde el profeta pide a Dios que “abra los cielos” y baje al encuentro de su Pueblo, rehaciendo la relación que el pecado del Pueblo había interrumpido. El envío de Jesús al mundo muestra la respuesta favorable de Dios a esta petición. La presencia de Jesús en la historia de los hombres relanza la historia de la comunión entre Dios y la humanidad pecadora.

El segundo elemento es el descenso del Espíritu, como una paloma, sobre Jesús (v. 22a). Este Espíritu que desciende sobre Jesús es el soplo de vida de Dios que crea, renueva, transforma y sana a los seres vivos. Nos lleva al Espíritu de Dios que, en el momento de la creación, “flotaba sobre la superficie de las aguas” (Gén 1,2). Ungido con la fuerza del Espíritu, Jesús se encontrará con los hombres para dar a luz una nueva humanidad.

También tenemos un tercer elemento: la voz del cielo (v. 22b). Los rabinos solían utilizar la “voz del cielo” como una forma de expresar la opinión de Dios sobre una persona o un evento. Esta voz declara que Jesús es el Hijo de Dios; y lo hace con una fórmula extraída del cántico del “Siervo de Yahvé” que hemos visto en la primera lectura de hoy (cf. Is 42,1). Sí, Jesús es el elegido de Dios, el Hijo en quien el Padre “puso todas sus delicias”, enviado al encuentro de los hombres para recrear la humanidad; pero la misión de Jesús, como la del Siervo de Yahvé, no se desarrollará en triunfalismo, sino en total obediencia al Padre; no se hará con poder y arrogancia, sino con mansedumbre, con sencillez, con humildad, con respeto a los hombres (“*no gritará, ni alzaré la voz; no quebrará la caña partida, ni apagará la que humea*” – Is 42, 2-3).

Después de ese momento, la cosa está bien definida. Jesús, bautizado en el Espíritu, ungido con la fuerza de Dios, empoderado para cumplir el proyecto del Padre, saldrá al encuentro del mundo para llevar a cabo la misión de construir el reino de Dios.

ACTUALIZACION

*El episodio del bautismo de Jesús nos pone cara a cara con un Dios que aceptó identificarse con el hombre, compartir su humanidad y su fragilidad, para ofrecerle un camino de libertad y de vida plena. ¿Yo, hijo de este Dios, acepto ir al encuentro de mis hermanos más desfavorecidos y tenderles una mano? ¿Comparto el destino de los pobres, de los que sufren, de los agraviados, sufro su dolor en mi alma, acepto identificarme con ellos y participar de su sufrimiento, para ayudarlos mejor a alcanzar la libertad y una vida plena? ¿No tengo miedo de ensuciarme junto a los pecadores, a los marginados, si esto ayuda a promoverlos y darles más dignidad y más esperanza?

*Jesús, el Hijo amado de Dios, vino al encuentro de los hombres, se compadeció de sus dolores y limitaciones y derribó el muro que nos separaba de Dios. Cuando fue bautizado en el río Jordán, fue ungido por el Espíritu de Dios y abrazó, sin dudar, la misión que el Padre le encomendó: proponer y construir el

Reino de Dios. Todos los que fuimos bautizados en Cristo recibimos el mismo Espíritu de Dios que Él recibió y entró en la comunidad del Reino. El día de nuestro bautismo recibimos la misión de colaborar con Jesús en la construcción de un mundo más fraterno y humano. ¿Hemos sido fieles a esta misión? ¿Es nuestro compromiso bautismal una realidad que buscamos renovar a cada paso, o es letra muerta que no afecta nuestra forma de vivir? ¿Estamos bautizados “por firma” (porque nuestro nombre aparece en algún libro de registro de bautismos), o somos verdaderamente cristianos, que buscamos seguir a Jesús en cada paso del camino y colaborar con Él en la curación del mundo de sus heridas?

*Jesús siempre tomó muy en serio aquella declaración de Dios escuchada junto al río Jordán: “Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo complacencia”. Este amor que el Padre le dedicó siempre apoyó las opciones de Jesús e iluminó siempre el camino que recorría (incluso cuando en el horizonte estaba la cruz, el abandono de los amigos, el aparente fracaso de la misión). Sostenido por el amor de Dios, Jesús asumió incondicionalmente el proyecto del Padre de dar vida a la humanidad. Obedeció a su Padre en todo, sin reticencias de ningún tipo. ¿Es esta la misma actitud de obediencia radical, de entrega incondicional, de confianza absoluta que yo —el hijo amado de Dios— asumo en mi relación con el Padre? ¿Es el proyecto de Dios, para mí, más importante que mis proyectos personales o los desafíos que me lanza el mundo? Como Jesús, ¿confío plenamente en el Padre, en sus propuestas, en sus cuidados, en su amor?

Después de ser bautizado y ungido por el Espíritu, Jesús no se conformó con una creencia religiosa a medias ni con servicios mínimos. Animado por la fuerza del Espíritu, partió hacia Galilea para anunciar el Reino de Dios y testimoniar — con palabras y gestos — el proyecto liberador del Padre. ¿Es ésta la manera —coherente, comprometida, apasionada— con la que intento vivir la misión que Dios me encomendó el día de mi bautismo? ¿Pueden mis hermanos maltratados por la vida y por los hombres contar con mi compromiso de llevarles la caricia del Dios que sana y da Vida?